

# Después de Kim

NEFELIBATA



ÁNGELES GONZÁLEZ-SINDE

# Después de Kim



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2019

© 2019, Ángeles González-Sinde  
© 2019, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán  
Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2019

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)  
[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-8417-128-74-6  
Código IBIC: FA  
DL B 10176-2019

Composición:  
David Pablo

Impresión:  
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)  
Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

*Para C., mi amor*  
*Para mi hermano*  
*Para mi padre*  
*los hombres que he querido y que perdí*

Me gusta esta casa en la que vivo ahora. Me gusta el sol que entra por la ventana de la cocina, tan apropiado. Da justo sobre la mesa donde desayunamos y donde yo ahora mismo escribo. Cuando es verano y hace verdaderamente calor, el calor sofocante que hace en esta parte de Europa, si me olvido de bajar el toldo, la mesa quema. «Solo quema por las tardes», me justifico ante Grete cuando me señala el descuido, pero ella tiene razón: la formica está que arde. La mesa es vieja. A pesar de la afición de Grete por las antigüedades, es simplemente vieja y vulgar, pero me gusta más por eso. Es un recordatorio de que esta casa en la que ahora resido fue antes una casa de veraneo y que vivir en ella es un poco estar de vacaciones, con muebles corrientes porque no tienen que durar para siempre. Unas vacaciones en las que entro y salgo según me apetece y que disfruto ahora que he aceptado que nada dura para siempre. Ni siquiera yo duraré para siempre.

A sentarme cada mañana en esta mesa sin distinción me condujo mi hija. Lo provocó involuntariamente hace poco más de un año ella, mi pobre hija Kim. Nunca podrá saberlo y ese es uno de los aspectos que más me cuesta asimilar de su muerte, no tanto su ausencia física, como el que la vida

siga discurriendo y quien murió ya no pueda conocer acontecimientos que todavía le atañen.

Hace poco más de un año yo estaba metido en la cama de esa otra casa en la que viví tanto tiempo y que está a tantos kilómetros de este veraneo permanente. Dormía en ese país donde nací, que es un lugar donde solo excepcionalmente hace sol, y hay niebla y lluvia más que ninguna otra cosa. Dormía porque era muy temprano y porque entonces me gustaba dormir muchas horas para acortar el día lo más posible. Sonó el teléfono y con ese timbrazo se puso en marcha la maquinaria que partió mi vida en dos, pero que también me empujó hasta aquí. Ya no soy dueño ni de esa cama ni de esa casa. Las vendí. Grete no quería, es de las que piensa que una propiedad debe conservarse, pero yo no esperaba volver y no tengo a nadie que la pueda disfrutar, así que era mejor deshacerse de ella. Si queremos ir de visita a esa ciudad avejentada e inmensa que antes fue mi entorno habitual, Geraldine dispone de un cuarto de invitados. Ha resultado que a ella no le importan los defectos de Londres, y tampoco le incomoda que yo utilice su dirección postal para la correspondencia. Es curioso que después de más de treinta años divorciados hayamos vuelto a compartir domicilio, al menos para el censo, la seguridad social y el fisco. Pero ¿qué hora es? ¡Si son casi las tres y media! Tengo que darme prisa. A las cuatro sale el niño y me gusta acercarme dando un paseo con el perro. *Zeus* ya sabe que es casi la hora, se pone de pie y agita el rabo. Qué listo es. Como a mi nieto, a él también le gusta pasear. Cogemos la pequeña bici y me los llevo a los columpios de la playa. Allí él merienda, el perro juega y yo echo un vistazo al periód-

co, aunque mi mirada, sinceramente, está más tiempo en las olas que en las letras. Por más que lo disimule, me interesa poco lo que le ocurra al resto del mundo. Y está bien así. Está muy bien así.

Poco más de un año antes, Geraldine conduce por las calles de Londres. Todo lo que puede pensar es que John tiene el pelo blanco. No es el que solía ser. No es quien ella recuerda a veces, muy pocas veces, cuando de pasada piensa en él. Las manos de Geraldine tiemblan sobre el volante. Ha sido una mala idea coger el coche. Tenía que haber llamado a un taxi, pero ella nunca toma taxis. Los taxis son muy caros y, aunque se los pueda permitir, le parecen un gasto mundano, ajeno a ella y a las cosas en las que cree. Geraldine cree en el transporte público, todavía cree en el plano del metropolitano de Londres, en ese sistema concebido hace más de un siglo, de una modernidad tan ingenua como las líneas más antiguas, incapaces de imaginar el futuro, hechas para vagones modestos y estrechos, sin posibilidad de crecer, en los que los pasajeros más altos, los jóvenes de hoy bien alimentados, tienen que ir encorvados. Geraldine prefiere moverse en metro porque además es el mejor observatorio para saber en qué anda la gente, y la gente es la materia prima de su trabajo. Ella piensa que cuando se desplazan de casa al trabajo y viceversa, llevan la guardia baja y son más de verdad, sus rostros no fingen, se vacían de pensamientos o vuelan con ellos. «¿Por qué he recurrido al coche en lugar de tomar

un taxi?», se pregunta. Es peligroso conducir en su estado. Las piernas le tiemblan, le castañetean los dientes, no pisa el embrague con suficiente fuerza y las marchas han rascado varias veces al cambiar. Debería haber tomado un taxi, estaría justificado, pero no tiene la costumbre y a lo mejor hoy es uno de esos días en que solo nos quedan los hábitos. Lo ha visto en sus pacientes muchas veces. En el anterior semáforo el coche se le ha calado. Por suerte no hay mucho tráfico. Es sábado por la mañana, un sábado completamente distinto del resto de los sábados, que recordará para siempre.

John, con toda seguridad, estará en su casa y Geraldine se encamina hacia allí. Presupone que John no tiene dónde ir, que desde que se quedó viudo apenas hace vida social. Ha telefoneado antes para asegurarse, aunque no era necesario. No lo llamó de inmediato, esperó a que fueran las siete y media, para no despertarlo en mitad de la noche. A lo mejor le preocupa su salud y piensa que un sobresalto como el que ha recibido ella (infligido como un hachazo, un espadazo) le debilitaría. Pero ¿qué sabe ella a ciencia cierta de la salud de John? Casi no se ven. Hace años que, si coinciden en algún estreno de teatro de Daphne, o en la copa de Navidad de la universidad a la que él no falla y ella solo frecuenta cada tanto, o en cualquier otro acontecimiento a los que los convoca alguno de los pocos amigos de la época que todavía comparten, apenas intercambian un saludo. A John no le es cómodo hablar con Geraldine, evita esos encuentros. Ella se da cuenta y lo respeta. También podría ser que Geraldine hubiera retrasado lo más posible darle la noticia no por inquietud ante su estado de salud, sino porque ha querido regalar a John un par de horas más de inconsciencia, la in-

consciencia de la que ella ya no dispone, esa feliz ignorancia con la que se acostó anoche, quizá en el mismo momento en que al otro lado del mar y las montañas y el continente estaba ocurriendo lo más terrible. La ignorancia previa a conocer lo malo es, por definición, feliz.

Hace mucho tiempo que Geraldine no telefonea a John, años, así que ha tenido que buscar su número en la agenda vieja. No lo tiene grabado en el móvil. Sabe que John dispone de un terminal, pero que lo usa poco. De todos modos ha preferido llamarlo al fijo, hay algo más digno en recibir una noticia irreversible en el teléfono de siempre, el que tienes sobre la mesilla, en el aparador del salón. Puedes recibir sentado la noticia más dura, la que te cambiará la vida. No es justo ser sorprendido por el dolor en el baño, en el autobús, en el supermercado, en un garaje... Indefenso. «En el teléfono de tu casa, entre los objetos que te son familiares –piensa Geraldine–, parece que estás más resguardado». Antes de colgar hubiera querido pedirle: «No enciendas la tele, no enciendas la radio», pero hubiera sido anticipar demasiado. No se le había ocurrido que, después de tantos años, esto es lo que deseara para John, resguardarlo, pero la llena de pesadumbre que tenga que sufrir, y por eso ha preferido esperar y anunciárselo en persona, acompañándolo. Porque el daño de John es el daño de ella misma. No es la mitad del daño. Es una suma. Cuando se lo diga, y no sabe cómo se lo va a decir, el dolor se multiplicará por dos. Por eso ha cogido el coche. Para alcanzarlo ella antes de que la mala noticia lo alcance por otro camino. John tiene todo el pelo blanco.

Soñaba con Grete. Paseaban por una playa de arena cálida y suave. Grete. Ella salía de una maleta, como un regalo. No es la primera vez que John sueña con esa profesora visitante noruega que lo embelesó hace quince años. Pero ¿qué quince? ¡Han pasado por lo menos veinte o treinta! Le gusta soñar con ella, aunque a veces el sueño le pueda dejar un poco trastornado. No por el deseo, por el contenido sexual, sino por la emoción: la sensación de estar tan próximo a alguien a quien quieres rozar y que quiere rozarte a ti. John hace mucho tiempo que no siente cómo la palma caliente de otro se detiene sobre su hombro, su brazo, su espalda, y oprime un poco su piel. Vive solo, por propia voluntad, casi todo el día transcurre en soledad, salvo por la compañía de su perra *Jewel*, tan afectuosa. En lo mejor de ese sueño ha sonado el teléfono. John ha descolgado y ha vuelto a colgar, como hace siempre que llaman a deshoras. Luego se ha dado media vuelta en la cama. Suelen ser vendedores telefónicos con acento extranjero de compañías de la luz, Internet, gas. Pero el teléfono ha vuelto a sonar con esa sintonía que eligió Marianne y que, aunque a John no le guste, no sabe cómo desprogramar. Un día la mujer que viene a limpiar trajo con ella a su hijo adolescente, expulsado del colegio un par de días por alguna trastada. El chico era verdaderamente hábil con todo lo que fuera electrónico, así que le resintonizó la tele, lo ayudó a pasar la agenda del móvil viejo al nuevo, pero no se acordó de pedirle que cambiara la melodía del teléfono fijo. Quizá le sugiera a la asistenta que lo traiga de nuevo. El chico era espabilado, fue agradable pasar un rato con alguien casi de la edad de los alumnos que John tenía en la universidad. A veces John echa de menos dar sus clases y no, como se

burlaba Marianne, por vanidad y por la necesidad de sentirse escuchado. No, más bien por la necesidad de sentirse útil, empezando por sentirse útil a sí mismo. La segunda vez que el teléfono ha sonado John ha respondido sin ganas, pensando que sería algún pesado que se equivocaba. Sucede en ocasiones. Ha llegado a adivinar que hay una carnicería cuyo número solo tiene una cifra distinta del suyo: suena el teléfono, él descuelga y una voz pregunta: «¿Le quedan chuletas?», o «Guárdeme un solomillo». Pero hoy no era un error. Era Geraldine, que a lo mejor también podría ser definida como un error en su vida, o una equivocación. Un error y una equivocación son cosas muy distintas. Un error da mucha más rabia. Geraldine. Uf. Con su intensidad, sus urgencias.

–¿John? Menos mal que te encuentro en casa.

–¿Quién eres?

–Soy yo. Geraldine.

–¿Geraldine? Qué susto me has dado. ¿Qué hora es, por amor de Dios?

–Son casi las ocho. ¿Vas a salir, John? Tengo que hablarte. ¿Estás solo? Necesito que te quedes en casa.

–¡Claro que estoy solo! ¿Con quién voy a estar?

–Espérame, que voy. Salgo ahora.

–¿Ahora? Geraldine, estoy en pijama. Estaba durmiendo. ¿No es sábado hoy?

–John, tengo que decirte algo. No te muevas. Espérame.

–Tendré que sacar a la perra. ¿Qué prisa tienes? ¿Qué te pasa?

–Yo la saco contigo. Espera.

Cuelga. John mira el despertador digital en la mesilla. Son las ocho menos veinte. ¿Qué carajo querrá Geraldine?

¿Y cómo ha sido tan idiota de no oponerse? ¿Qué tontería es esta de presentarse tan de buena mañana? Tiene la casa patas arriba. Bueno, la tiene como cualquier otro sábado. Los lunes es el día que limpia antes de que venga la mujer a limpiar. Los sábados y los domingos son los días en que más cacharros se acumulan en la pila y más periódicos en el sofá y más tazas y bolsas de té frente a la tele y algunas latas de cerveza. Algunas..., bastantes. Porque sí, ve la tele y bebe cerveza. Dice a los amigos que lee, pero no lee apenas. Ve la tele. Hay programas muy interesantes. Hay de todo en la tele. Qué fastidio. Con lo bien que estaba en la cama disfrutando de ese último sueño que es el más agradable. ¿Cuándo fue la última vez que habló con Geraldine? En el entierro de Marianne seguramente. La encontró desmejorada, con su estrafalario pelo rojo henna de siempre, había engordado y caminaba encogida. Bueno, era un día de mucho frío. Geraldine, ¿con qué extravagancia le vendrá ahora? ¿Se habrá enterado de que hace semanas que no hace la compra y solo se alimenta de sándwiches de pavo y mayonesa? Qué horror cuando a ella le dio por la comida macrobiótica estando casados, qué empeño. Pero ¿quién puede habérselo dicho? Daphne, su prima, solo puede haber sido ella. El otro día se la encontró en la farmacia. No pudo escabullirse y tuvo que saludarla. No era uno de sus mejores días. Había salido de casa sin ducharse ni afeitarse. Las mujeres metomentodo, cómo le cargan. Y cómo las extraña.

John se incorpora. Es la parte que más le cuesta del día. Le cuesta levantarse, poner su viejo cuerpo en marcha, y le cuesta resistir la tentación de volver a acostarse en mitad del día. La cama es su paraíso últimamente. Lo sabe, intuye

que no debe dejarse llevar, que un paraíso del que no se sale también puede ser una celda, que debería recoger los platos y meterlos al menos en el lavavajillas, que debería cocinarse algo caliente y vegetal, que debería beber menos cervezas y caminar algo más que los paseos cortos y lentos que da a la perra tres veces al día, ver gente, incluso pasar la aspiradora cantando sobre el ruido que todo lo tapa, como hacía Marianne, que se entregaba a sus arias favoritas sin saber una palabra de italiano. John recoge las tazas y las latas del salón. Posiblemente Geraldine no entre en la cocina, pero el salón lo verá. ¿Y el baño? Uy, el baño. Por amor de Dios, qué mujer más pesada.

Por fin la calle. El navegador la ha guiado bien. Geraldine estuvo en esta casa una sola vez hace años, cuando vino a firmar unos papeles que John necesitaba: la venta de una pequeña propiedad en el campo que él heredó cuando estaban casados. Era el único legado de su pequeña, diminuta memoria familiar, pues John es hijo único, como ha sido padre único. No hay una palabra para los padres de hijos únicos y son bien distintos de los padres de varios hijos. Tener un solo hijo es un acto de voluntad que te singulariza porque requiere haberse opuesto con fuerza a la corriente natural. Por el contrario, quien tiene más de un hijo no tiene mérito alguno, simplemente se dejó llevar por la costumbre, por el instinto. Cuando Kimberley era pequeña insistía mucho en el asunto de tener una hermanita, pero Geraldine pensaba que solo era porque le gustaban las literas y sin hermana no estaba justificada la anhelada cama de dos pisos. Cuando

John y Geraldine se separaron, Geraldine compró una litera. La niña se apropió de inmediato de la cama superior, pero la cama de abajo quedó permanentemente vacía. Aunque John se volvió a casar con Marianne, él tampoco volvió a reproducirse, quizá porque ella ya aportaba descendencia de otro matrimonio. Así quedó Kimberley deshermanada. «¿Es que no os gustó tenerme?», interrogó un día con nueve años a su madre. «Nos gustó mucho, Kim, a mí me gusta mucho tenerte», contestó Geraldine. Pero quién sabe si Kimberley, la chica a la que siempre le faltó algo, lo creyó.

Pulsa el timbre. Un perro ladra. Son ladridos estridentes que hacen daño a esta hora de la mañana. Los ladridos que acompañan a John cada día, a los que está habituado y que, se barrunta Geraldine, muchos días son su única compañía. No es hurraño John, es perezoso. Sin una mujer que tire de él, John se detiene. En el alféizar interior de la ventana hay un gato que toma el sol. «Qué gato más gordo». Abre los ojos y vuelve a cerrarlos despacio, como dos líneas indiferentes al pesado fardo que Geraldine trae y que va a meter en la casa. John tarda en abrir. Geraldine vuelve a llamar mientras piensa con pena y arrepentimiento: «Traigo una bomba atómica y voy a estallarla en esta vivienda. No se puede evitar».

Cuando John finalmente ha abierto la puerta, Geraldine ha pensado que está bien, mejor de cómo lo imaginaba. Tiene el pelo blanco, sí, pero todavía conserva su porte, y parece ágil y fuerte. Geraldine ha decidido en un instante que sí puede viajar con ella y afrontar la dureza de los trámites, que es mejor que lo haga. Mejor para los dos. Ahora están sentados en el salón que John ha hecho presentable aceleradamente.

–John, he venido a verte porque tenemos que coger un avión. Enseguida, es urgente.

Geraldine ha empezado por esa frase porque no ha encontrado otra.

–¿Qué quieres decir?

John piensa que a Geraldine se le ha ido la cabeza. Lo ha visto antes con otros amigos, empiezan poco a poco, puedes creer que son bromas, que se han vuelto más divertidos, pero no, es la demencia senil o el alzhéimer. John le ha ofrecido un té y Geraldine ha aceptado e incluso algo tan nimio le irrita. Pretendía seguirle a la cocina a prepararlo. Qué mujer tan cargante. ¿Cómo pudo casarse con ella? Es cierto que era bastante atractiva, inteligente, y él muy joven, bueno, los dos muy jóvenes, pero... Las dos tazas humean sobre la mesita de madera que, ahora se percata John, está marcada por multitud de círculos de latas de cerveza y trocitos infinitesimales y grasientos de *crisps* al vinagre.

–John, ha ocurrido algo terrible. No sé cómo decírtelo. Vas a tener que venir conmigo.

–No puede ser tan terrible que no puedas contármelo –dice John cansado de preámbulos.

–Sí lo es, John, sí. Yo daría cualquier cosa por no estar aquí y no tener que pronunciar estas palabras.

John se está empezando a asustar. O Geraldine verdaderamente se ha *demenciado* o es muy pero que muy grave lo que quiere anunciar. La mujer tiene lágrimas y no es Geraldine propensa al lagrimeo, al menos que John recuerde. Es más propensa a la suficiencia.

–Es Kim. Es nuestra Kimberley.

John se remueve incómodo en el sofá, su cuerpo alerta.

—¿En qué se ha metido ahora?

Acabáramos, de eso se trata, de su díscola, rebelde, complicada hija, expulsada de cuatro colegios, que no terminó el bachiller ni estudió ninguna carrera. Una hija alérgica al conocimiento, a pesar de que sus padres la concibieron en una biblioteca, porque John y Geraldine, por aquel entonces, hace ¿cuarenta años?, ¿cuarenta y tres? (John no se acuerda exactamente de la edad de su hija), se dejaban llevar y, sobre todo, disfrutaban el uno del otro. En qué desastre se habrá enredado. Por la expresión de Geraldine, solo puede tratarse de la cárcel, tráfico de drogas seguramente o algo peor, tráfico de seres humanos. Qué tonta, qué tonta Kim. John echa cuentas rápidamente del dinero del que dispone en el banco. La fianza, los abogados son caros. ¿Habrá sido en Inglaterra o en España? John no está seguro, pero cree que su hija sigue viviendo en España. Ha leído que allí hay tráfico de drogas que entran directamente de Sudamérica y África. Los españoles son muy amigos de la fiesta y de la siesta, las únicas palabras en español que John conoce.

—No ha hecho nada, John. Kim ha muerto.

John no dice nada. Geraldine le toma la mano, pero él la retira en un gesto instintivo, muy rápido. Geraldine llora y lo mira. Al cabo de unos instantes él la mira a ella.

—No entiendo.

—Yo tampoco lo entiendo, John, pero está muerta. Esta madrugada sonó mi móvil. Era un cónsul, un diplomático. La Policía ha encontrado a Kim muerta en un jardín, en una casa con jardín.

—Pero ¿dónde?

–En un pueblo de la costa de España, John, donde vivía. Creo que era su casa.

–¿Se ha caído? –quiere saber John. Geraldine no entiende la pregunta. Él insiste–: ¿Cómo ha muerto en el jardín mi hija?

–Parece que alguien la ha matado.

John apoya la espalda en el sofá. Se lleva la mano a la cara, se cubre los ojos y ya no puede hablar más.

No tienen ganas de moverse, como si ponerse en marcha verificara la noticia y la inmovilidad la alejara. Aunque no se digan nada, porque no saben qué se puede decir, se sostienen mutuamente, en su llanto separado, diverso, hoy al menos.

–Debería ducharme –dice John levantándose al fin, cuando ha logrado moverse, pensar, reaccionar, volver a su cuerpo. Aunque en realidad solo está en su cuerpo, siente cada centímetro de músculo y de piel. Porque la muerte ha caído tan cerca, siente más la vida o la biología, como cuando te dan un golpe o te cortas y la herida palpita. John piensa en Marianne. Se pregunta por qué no está ella aquí ahora con él. Marianne hubiera sabido qué hacer, qué decir. Él no sabe. ¿Y por qué le toca esto a él otra vez? Ya perdió a su mujer hace apenas unos años, y ahora su hija. ¿Por qué? La pregunta retumba en su cabeza.

–¿Quieres que te ayude? –pregunta Geraldine–. Quiero decir..., ¿te sientes bien?

John la mira.

–Sí, me las arreglo –asegura.

John, que no quiere ser visto como un hombre frágil, ni siquiera hoy, ni siquiera en estas circunstancias. No conviene.

–Perdona. Es que a mí me tiemblan las piernas, y no quisiera que mientras te arreglas, a lo mejor te fallen las fuerzas...

–Dejo la puerta del baño abierta si te quedas más tranquila.

–Gracias.

John desaparece en el interior de la casa. Ella se queda sentada en la butaca. Desde allí puede divisar tres latas de cerveza vacías bajo el sofá. Y periódicos atrasados. Y alguna bolsa arrugada de patatas al vinagre, el aperitivo preferido de John que ella todavía recuerda. Mientras oye correr el agua de la ducha, Geraldine mira a su alrededor por primera vez. Le entran ganas de abrir las ventanas. El olor a cerrado y a agrio subraya la ausencia de Marianne, o más bien, su falta de presencia. La casa está exactamente como la dejara ella, sin que John haya cambiado de lugar una sola foto, una maceta. Y no parece que sea tanto por respetar la memoria de su esposa fallecida como por falta de interés. John no ha dado pasos en los años que lleva viudo, ha perdido el gusto por vivir.

Geraldine se agacha y recoge la porquería de debajo del sofá. Entra en la cocina para tirarla. «¡Qué impresión, esta cocina!». Corresponde más al piso compartido de unos estudiantes que al de un respetable catedrático emérito de Física. Sin tener certeza del porqué, a Geraldine esta visión de la suciedad la llena de un desasosiego que no había sentido hasta ahora. Quizá esta cocina desastrada, abandonada, descuidada, sea como las cocinas en las que su hija se haya movido en otro país, en esa vida lejana que Geraldine conoce poco, pero que hoy por fuerza ha empezado a imaginar. Porque la casa en la que vives, para Geraldine, refleja

tu vida interior. Porquería, desorden, deterioro, ¿qué dicen de John? «Primero limpiar el templo –dice Geraldine a sus pacientes–, aunque nos cueste mucho esfuerzo. A partir de ahí, todo lo demás».

Abre el grifo y uno a uno enjuaga platos, vasos, cubiertos, y los mete en el lavavajillas. Hay algo en el ordenar el desorden que reconforta. Hay algo en esa actividad cotidiana que calma la cabeza. Porque su cabeza no para. «¿Cuándo fue la última vez que vi a Kim? ¿Cuándo la última vez que hablé con ella? ¿Cuándo la tarde que dije “Mañana sin falta la llamo” y no la llamé? ¿Por qué no he ido nunca a visitarla? ¿Por qué no estaba yo allí a su lado? ¿Cómo no lo vi venir? ¿Cómo no lo evité? ¿Cómo no la protegí? ¿Dónde han ido los años, los meses, las semanas? ¿Por qué ha tenido que morir ahora, hoy, tan temprano? No era su tiempo. No estaba previsto. ¿Por qué?».

Cuando tiene la cocina casi recogida, John se asoma a la puerta. Él no repara en la limpieza, solo dice:

–La maleta. No sé qué meter.

Geraldine lo sigue hasta su dormitorio. Todos los armarios y cajones están abiertos.

–Hace tiempo que no viajo.

John está vestido formalmente, el pelo mojado y peinado hacia atrás. Se ha afeitado. Está casi guapo.

–No encontraba la maleta. No me acordaba de dónde la guardaba Marianne.

–Coge tres mudas, tres camisas, un par de pantalones y algún jersey. ¿Sigues siendo friolero?

John está parado en medio de la habitación. Sobre la mesilla, Geraldine distingue varias cajas de medicinas.

–Y las medicinas no te las olvides.

–No son importantes. Llevan ahí mucho tiempo. Es que tuve la gripe. No las estoy tomando ahora.

–Por si acaso –sugiere suavemente Geraldine, que sabe que son todo menos medicamentos para la gripe y se sorprende de que John no recuerde que ella reconoce los principios y las fórmulas porque para eso es médico, aunque hace tiempo que dejó de ejercer la medicina convencional y de recetar medicamentos. Señala la maleta abierta sobre la cama deshecha y no muy limpia–. Dame las cosas y yo las voy metiendo, anda.

Qué mal ha aparcado. El coche está muy separado de la acera. Geraldine espera que John no lo advierta. Siempre fue muy exigente con su manera de conducir. Geraldine cree que no era por afán de controlarla, como otros hombres, sino porque honestamente John tenía miedo a los accidentes, un miedo irracional y arbitrario, quizá incrementado por su desconocimiento: sus padres nunca tuvieron coche y él tampoco se sacó el carnet. Pero John no se da cuenta de que el vehículo está prácticamente en medio de la calzada, no percibe que ella se ha detenido y abre ya las puertas de un coche. John pasa de largo arrastrando su maleta.

–¡John!

Geraldine lo llama.

John se detiene, se vuelve, desorientado. La mira como si le costara reconocerla, recordar qué hacen allí. Geraldine va hacia él, coge su equipaje. Pero no puede mirarlo a los ojos, ahora no, todavía no. Lo toma del brazo suavemente.

–Ven, John. Mi coche es este.

John se mete en el coche y se disculpa.

–Lo siento.

–Vamos a parar primero en mi casa y recojo mis cosas.

Tiene todo listo. Desde el momento en que el teléfono sonó y el diplomático le comunicó la terrible noticia hasta el momento en que telefoneó a John, Geraldine ha tenido muchas horas para pensar. Compró dos billetes de avión y preparó una maleta. Todo preparado, salvo que en el último momento olvidó cogerla. Aunque en realidad..., el coche... Mejor dejar el coche en casa. No quiere conducir hasta el aeropuerto. Lo guardará en el garaje y tomarán un taxi.

–¿Tienes dinero? –se le ocurre preguntarle a John durante el trayecto.

–¿Encima?

–Sí. ¿O una tarjeta de crédito? Perdona que te haga esta pregunta, John, es por si nos hace falta. Allí, no sé, habrá que encontrar un hotel, alquilar un coche a lo mejor.

–¿Alquilar un coche? –se sorprende John.

–No lo sé, John. No sé cómo es aquello ni qué se supone que tendremos que hacer.

–Pero si saco del cajero aquí, me darán libras, no me darán euros. ¿Crees que en el aeropuerto nos cambiarán un sábado?

«Así que estas son las conversaciones que se tienen en momentos como este, cuando acabas de saber que tu hija ha muerto», piensa Geraldine. Ella debería haberlo imaginado. Su trabajo es averiguar de qué habla la gente cuando ocurren las cosas que más les afectan.

–Yo tengo algunos euros. Me sobraron de las vacaciones en Grecia –recuerda Geraldine.

–¿Fuiste a Grecia? –pregunta John, que sabe muy poco de la vida de su exmujer y le cuesta imaginarla en Grecia.

–Sí. Quince días en junio. Tenía que terminar un artículo y fue muy agradable.

–¿Todavía publicas? –pregunta John.

–Sí. ¿Tú no?

–Sí. Yo también. Yo no paro –miente John, y Geraldine parece aceptarlo.